

## CAPITULO XI.

Viaje de la capital.—Otras noticias sobre la familia de Alarcon.

1608

Lucidos y galanos subieron al punto sobre cubierta los pasajeros todos, haciendo ostentacion de camisas limpias y vestidos nuevos, y tan otros de los que eran en alta mar, que nadie los conoceria. Pisaron alegres la tierra deseada; fueron sin detenerse á la iglesia mayor, en accion de gracias por el feliz arribo; y despues de razonable descanso en Veracruz, Hernando de Castro, Diez Cruzate, Aleman y ALARCON tomaron juntos la via de México, harto larga y fatigosa, como de ochenta leguas, y por climas extremados y opuestos. Dos caminos conducian entónces á lá gran ciudad: uno entre desiertos y soledades, algo más corto, de muchas y buenas ventas; otro, el que llamaban de poblaciones de

119

indios: aquel, de recuas y gente de tráfago; éste, preferido siempre de caballeros españoles. Ya es de suponer cuál elegirian nuestros amigos. (114)

Mojados y remojados por los bravos y repentinios aguaceros del trópico; aburridos con el sofocante bochorno de la zona tórrida en los incultos y pantanosos bosques orientales de Nueva España; y subiendo siempre sin descanso, reanimáronse al respirar el fresco viento de las alturas, desde donde contemplaban extenderse delante de sus ojos los fértiles y encumbrados valles que limitan el Pico de Orizaba, las sierras de Huejotingo y la de Tlaxcala, engendradora de horrisonas tempestades. Figúrome que las poblaciones de indios hasta ahora recorridas, entre ellas Tolome, Jalapa, Tepeyahualco, Nopalucan, Acajete y Amozoc, no habian parecido á nuestros viajeros ni tan pintorescas ni tan aseadas como las andaluzas del Aljarafe de Sevilla. Pero en cambio debió de serles muy agradable detenerse á comer á par de este ó aquel rio, á la buena sombra de los guayabos, de tronco y ramas desviados y torcidos, ricos en pomas, ya coloradas, ya blancas, y en flores cuyo olor semeja azahares y jazmines. Aquí saliales al encuentro un huertecillo de nopales, cubiertas sus jugosas pencas del insecto que da la púrpura:

más allá enardecidas vegas, en donde, como dijo Andrés Bello,

El algodón despliega al aura leve  
Sus rosas de oro y su vellon de nieve.

Y no les faltó, para recordar los bosques de cidros y limoneros que engalan las márgenes del Guadalquivir, alguno de árboles de cacao, abundante en mazorcas, parte verdes, parte rojizas, tirado á cordel y muy sombrío, al maternal amparo del árbol de la madera negra, que, doble de alto que ellos, los defiende de los ardores del sol y los corona de rosas blancas como el armiño. En llegando á los terrenos frios veían, en pasmosa abundancia, magueyes, ágaves ó pitas, que brindan al hombre con alimento, vino, arroppe, vestido, calzado, mantas y leña; y verdear los extensos maizales; y mecerse, cual las ondas del mar al soplo del viento, las ya granadas espigas de trigo castellano. (115) Pero nada tan nuevo á los ojos de nuestros camaradas como las sementeras y huertos movedizos (chinampas) que, á guisa de tramoya ó encantamiento, andaban por las lagunas, y de que solo teniéndolos delante puede formarse idea. Para ello tejen aquellos naturales una balsa inmensa de juncos y espadañas; échanle tierra encima con artificio tal, que el agua no la derrite; y allí se siembra

y cultiva, y crece y madura, y se lleva de una parte á otra, cubiertos de flor y de fruto, mucho maiz, chiles ó ají (que es el pimiento y saborete de los indios, y tan necesario como el pan), bledos, tomates, frisoles, calabazas y otras infinitas verduras, peregrinamente casadas y dispuestas, ofreciendo la apariencia más deleitosa, crecido todo y en sazón. (116)

Tan pronto como descendieron á la llanura los caminantes, visitaron la muy adelantada y magnífica obra del templo catedral de los Angeles, dedicado á la Purísima Concepcion de la Virgen; pasaron el caudaloso Atoyac; y dos leguas de allí les detuvo la soberbia pirámide de Cholula (Churutecalt), Babel del Nuevo Mundo, con sus ciento veinte gradas, alzándose en mitad de vasta y despejada llanura, como gran montaña, hoy cubierta de pitas y dragoneros. Afirmaban los anales mexicanos haberla construido gigantes despues del diluvio, resueltos á escalar el cielo, toda de ladrillos hechos en Tlamanalco, y á tal distancia con peregrino arte conducidos; pero que su loco intento desbarataron los rayos de los dioses. Consagróse despues al Dios del Aire y de los mercaderes Quetzaalcoalt, cuyo nombre quiere decir *culebra de verde pluma rica*, harto significativo, sin saberlo aquellos que lo inventaron, del demonio de la codicia.

Derrribados el idolo y templo que descollaban sobre la altísima plataforma de cinco mil varas cuadradas, alzó en su lugar la piedad cristiana un pequeño y lindo santuario de nuestra Señora de los Remedios, cercado de cipreses, muy devoto, donde siempre cuidaban de oír misa los viajeros. (117)

No habian pensado nunca los nuestros alargarse á visitar los campos de Tlaxcala, distantes seis leguas, á que hizo famosísimos el inaudito valor y corazón sin igual de los tlaxcaltecas, enemigos de los mexicanos. Allí habian sustentado, por espacio de quince dias continuos, fiera batalla con la hueste de Hernan Cortés, proveyéndola de gallipavos y tortas de maíz, segura y abundantemente, cada mañana ántes de la pelea, para que nadie pudiera decir que mataban á sus enemigos hambrientos y cansados. Es la provincia muy apacible para caza, y la gente muy dada á ella; pero léjos de soñar en perseguir á los ochís ó panteras y á los leones rasos, no guedejados, que, olfateando algun indio descuidado y perros y gallinas, rugían por aquellos selvosos montes, pusieron empeño nuestros camaradas en acelerar el viaje. Tanto como el ya pasado calor, estrechábales ahora el frío tenaz de las siempre nevadas y altísimas sierras de Huejotzingo y Zihualtepelt, insufrible si no lo reme-

diasen las ventas y posadas con muy grandes fuegos y mucha leña, bien provistas de comestibles, que por allí se parecen. Sorprendió á los viandantes la mayor de todas aquellas cumbres, la del volcan de Popocatepelt, muy crecida y redonda, de la cual salía grande bulto de humo que hácia el cielo iba derecho y violento como una saeta. Pero al reir la mañana, cuando por entre las dos sierras de Popocatepelt y Zihualtepelt llegaron á la cima del puerto, descubrieron una de las más hermosas vistas que se pueden contemplar en el orbe: la dilatadísima y bastante poblada llanura de Culúa, con sus numerosos lagos, donde se reflejaban los rayos del sol, y allá en el lejano horizonte la gran ciudad de México. (118)

Tendiase, pues, ante sus ojos, y rodeado por agrias montañas, el anchuroso valle de setenta leguas de ruedo, que ciñe, entre otras muchas lagunas casi tan altas como lo más encumbrado de los Alpes, las dos principales de Chalco y de Tetzcucó. Dividelas de Oriente á Ocaso angosta cordillera de muy elevados cerros, que están en medio del valle; dejando, al emparejar con las guájaras de Occidente, un estrecho para que se junten los dos lagos: de agua dulce y abundante en pesca el de Tetzcucó; el otro, sin peces, agitado y salobre. Engalanaban las orillas de am-

bos, de treinta leguas de bojeo, infinitos pueblos y alquerías, fundados los más de ellos en el agua, y prodigiosos jardines flotantes, invencion de los aztecas, última raza indígena dominadora en aquel territorio.

Al dejar las márgenes del río de Amecameca y de Atenango, que viene de la Sierra Nevada, y en acercándose á la laguna de Chalco, llamó la atención de nuestros viajeros, dentro de ella y como á dos tiros de ballesta, la pequeña ciudad de Jico, armada y fundada en el agua, sin comunicacion por tierra, muy fortalecida y de lindo parecer. Cruzaron más adelante el lago por cierta calzada tan ancha como una lanza gineeta cumplida, y en extension de cerca de dos leguas; haciendo posada á mitad del terraplen aquella noche en la hermosa villa de Cuiclauaca, y ponderando sus bien labradas casas y torres y la traza y novedad de su asiento. Caminaron otro día por la ríscosa lengua de tierra que divide las dos lagunas; viéron las célebres poblaciones de Iztapalapa y Mexicalzingo, no quitando los ojos de la de Iztacalco, allá á la mano diestra frente de México, á la vuelta y casi al fin del extenso lago de Chalco; pues eran de admirar ciertamente sus humildes chozas portátiles de paja y carizos, sustentadas sobre móviles céspedes, que, nadando, se mudaban de un lugar á otro. Pero

ya fuese á causa de los repentinos chubaseos y violentos cambios de temperatura, ó, lo que es más cierto, por quererlo así el que tiene en su mano la salud y la vida de los hombres, comenzó á no sentirse bien Mateo Aleman, y fué preciso meter espuelas á los rocines para venir cuanto ántes á la ciudad y encontrar alivio y regalos el enfermo, y descanso los demás, que ya le deseaban despues de tan largo y complicado viaje. (119)

Mas oigo preguntarme el curioso lector: ¿qué personas de la familia estrechó contra su corazón nuestro bachiller en regresando á Nueva España? ¿Conservaba su padre la administracion de las minas de Tasco? Despues de una ausencia de ocho años, ¿tenia la muerte preparado al hijo un recibimiento de lágrimas?

Ha llegado á punto la historia, en que tiene su autor que decir y confesar paladinamente haber sido estériles hasta ahora sus muchos esfuerzos para saber tales pormenores. Las cosas vienen á la mano cuando se les antoja y no siempre cuando con mayor afán se las busca; pero nadie imagine que hayan de parecer sin diligencia. Grande la puse en esta investigacion, y la sigo poniendo; por lo cual aun confío que, en tiempo no lejano, me será dado satisfacer á quien además me pregunte cómo se llamaban los padres

de ALARCON, dónde moraban este año de 1608, cuántos hijos tenían, á qué los encaminaban, y otros particulares de que méritamente suelen gustar las historias. Quizá se averigüe si, por fineza del Illmo. de Labastida y Dávalos, arzobispo venerable de México, y por el insigne escritor de Nueva España D. Alejandro de Arango y Escandon, á quienes ya debo señalados favores, logro que se registren los archivos parroquiales de Tachco y de la capital desde los años de 1575 en adelante, así como el de la antigua universidad literaria y los de la Real Audiencia y Ayuntamiento.

Séame lícito, miéntras, apuntar algunos datos y conjeturas que faciliten la investigacion, si para mí no está guardada.

El primer virey, D. Antonio de Mendoza, varon muy discreto y prudente, segun al comienzo de esta obra se dijo, cuidaba mucho de no tener ocioso tanto caballero pobre, hidalgo desnudo, artesano de mal reposo, y villano mal aconsejado, como de toda España, hidrópicos de hacerse ricos de prisa y á tuerto ú derecho, cada dia se le entraban por las puertas. Hubo, pues, de disponer á su costá, el año de 1540, una expedicion de mil hombres á los fantásticos dominios del rey Cozomedo y gran Tepuayo, á la nunca vista Sierra de los Minerales y Cabo de los Azogues, y

en busca del soñado imperio de Cibola y Quivira y sus siete ciudades maravillosas. Refiriéndose á otro misionero, pintábaselas con vivos colores el saboyano fray Márcos de Niza, puestas como á 400 leguas hácia el Septentrion y pintiparadas á las de los libros de caballerias, con torres de plata, almenas de oro y chapiteles de diamante. Y él, de ciencia propia, encarecia lo sorprendente y gigantesto de la naturaleza en aquellas incógnitas regiones; adonde le habia hecho penetrar su encendido celo por la conversion de los idólatras. Ayudaban á la expectacion pública las tradiciones mexicanas y el ver en los antiguos anales pintadas siete cuevas, jeroglífico de los siete linajes ó tribus Nauatlacas, muy pujantes, que hácia los años de 820 (segun el P. Acosta), y desde los apartados confines del rio del Norte, se derramaron por los valles y lagunas de México. (120)

A principios de Mayo de 1540 salió para el descubrimiento la expedicion española á cargo del capitán Francisco Vazquez Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, llevando consigo al franciscano P. Niza, entre otros religiosos de la propia orden. Pasaron trabajos innumerables; un año se vieron detenidos á los treinta y cinco grados de latitud, en las llanuras de Cibola; vino á mermarse y reducirse á trescientos hombres la

hueste; vagaron despues seis meses, no hallando sino indios montaraces y pobres, y confusas noticias de existir más allá grandes ciudades; pero, como se amotinase la gente, hubo que tomar la vuelta de Nueva España, trayéndose al fraile Niza casi tullido y aun no bien desengañado. El fruto de esta célebre expedicion fué descubrir el Nuevo México, para añadir luego una provincia más á los dominios españoles. Vazquez Coronado escribió é imprimió la relacion de su viaje y descubrimientos; en propia causa le escribió tambien el P. Niza para el Virey; no descuidándose tampoco de hacerlo, por su parte, un tercer personaje de harta significacion en la empresa.

Era éste el comandante de los navios *San Pedro y Santa Catarina*, con los cuales, á 9 de Mayo y de orden del Virey, salió del puerto de Acapulco, en las costas del Pacifico, para auxiliar por mar los descubrimientos de Vazquez. Subió todo el golfo de California, y por el rio Colorado ochenta y cinco leguas nada ménos, del cual cinco tan solo se habian atrevido á explorar hasta allí los aventureros mas audaces. Aquel intrépido navegante se llamaba Hernando de Alarcon. (121)

Hernando, Ferrando y Ferran valen lo mismo. Ahora bien; recuérdese que este nombre fué precisamente el del conquistador de la cas-

tellana fortaleza del Júcar, en 1177, tronco y origen de la noble familia de Alarcon; y asimismo sépase que llevó el nombre de Hernando uno de los hermanos de nuestro poeta. ¿Serian, por ventura, nietos del marino que tomó parte en los descubrimientos de 1540? El Presidente del Consejo de Indias, en su consulta de 1.º de Julio de 1625 al rey D. Felipe IV, solo dijo respecto de los dos ascendientes mas inmediatos del Terencio español estas palabras: «Su padre fué uno de los mineros de Tasco, de que resultó aumento á la Real Hacienda; y su agüelo de los primeros pobladores de la Nueva España.»

Si en la familia castellana, durante aquellos siglos, ha de estimarse muy general costumbre la de poner á los hijos los nombres de sus progenitores, deben servir de guia para la investigacion propuesta, los que distinguieron á los tres hermanos Hernando, Pedro y JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Hernando, nacido en Tasco, bachiller teólogo, y cura párroco de Atenango, hubo de componer un *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que aun se encuentran entre los indios de la Nueva España*; cuyo manuscrito original conservaban los mexicanos, hace poco mas de medio siglo, en la biblioteca del colegio de San Gregorio. (122)

Y ya se vió en el primer capítulo que D. Pedro, licenciado en Teología, capellan y rector del Real colegio de San Juan de Letran, habia recibido tambien en Tasco las vivificadoras aguas del bautismo. (123)

Réstame decir, por último, que el infatigable Antonio de Leon Pinelo y el puntual Fr. Agustín de Betancourt hacen memoria de un Francisco de Alarcon, por haber escrito cierta *Relacion de lo sucedido en su viaje á la California*, es probable que á fines del siglo XVI, ó muy en los principios del inmediato. Ni del autor ni del libro hay mas noticia; pero á mi ver, los Alarcones de Nueva España eran una familia sola, y en ella arraigado el amor y cultivo de las letras. (124)

¿Qué vínculo unia con los dos Alarcones marinos y aventureros, á los tres hermanos Hernando, Pedro y JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA? ¿Cómo se llamaban sus padres? ¿Quién era en 1608 cabeza y gefe de la familia, y preparaba el camino á los varones para servir con honra á su patria?

Aun no se puede responder á ninguna de tales preguntas por falta de apoyo eficaz: estando, en mi opinion, léjos de dar ni suficiente ni segura luz para disponer la solucion del problema, el registro que en la iglesia del Sagrario metro-

politano de México halló D. José Guadalupe Romero, secretario temporal de la *Sociedad mexicana de Geografía y Estadística*, y publicó esta corporacion en su *Boletin* el año de 1863, tomo IX, 3, pág. 196, pareciéndole ser la misma partida bautismal del poeta. Dice así el libro parroquial del Sagrario, empezado á 8 de Enero de 1570 y concluido por Noviembre de 1579;

«En 2 de Octubre de 1572 años—Juan Hernandez bautiso á Juan hijo de Aalonso ruis y marina perez su muguer fueron padrinos juan de ureña y isabel gomez su muguer.—JUAN HERNANDEZ.»

Cabe en lo humano, en lo posible, que éste sea el documento anhelado; pero confieso que á mí no me lo parece. Despégase completamente del cuadro histórico; y el nombre de Alonso en el padre, y la fecha tan atrasada, rompen la armonía y congruencia de muy elocuentes y firmes datos que poseemos, y que imprimen diverso rumbo á las conjeturas. Prescindo por completo de no ver en esa partida ni el apellido Alarcon ni el de Mendoza; pudieron sin extrañeza omitirse. Pero, ¿cómo creer que hasta la edad de veintin años no empezó á estudiar DON JUAN los primeros rudimentos de las ciencias, que hoy decimos segunda enseñanza, ni pudo terminar la facultad de Leyes hasta los treinta y tres, ni ob-

tener la licenciatura ántes de los treinta y siete? ¿Cómo lo he de imaginar, cuando de veinticuatro años veo doctor á Brician Diez Cruzate, su Pilades salamanquino, y le oigo encarecer el felicísimo y pronto ingenio, la extraordinaria aplicacion y dotes singulares de su constante camarada y amigo el jorobado; y nada encuentro en sus palabras que no me lleve á suponerlos de una misma edad por sus inclinaciones y gustos? Retraso tan inexplicable en los estudios y carrera no tiene el menor viso de verosimilitud.

Quede la feliz averiguacion á los doctos de tan apartadas regiones, que logren registrar con noble y generoso ánimo y escurpulosidad exquisita los archivos parroquiales de Tasco y México, los de su universidad y colegios, los de su ayuntamiento y audiencia. Acometer la empresa desde las orillas del Manzanares y en las actuales circunstancias, es soñar con un imposible.

A esas mismas eruditas personas cumple también investigar si por aquellos dias consideraba ALARCON entre sus parientes más ó ménos lejanos, pero de posicion y valimiento, á D. Vicente de Zaldivar y Mendoza, caballero de la Orden de Santiago, natural de Zacatecas, donde fundó el colegio de padres Jesuitas, año de 1616. Afortunado conquistador y pacificador de las provincias del Nuevo México, de sus empresas envi-

relacion al Monarca, la cual se guarda en nuestro Archivo general de Indias. (125)

Es, pues, un hecho digno seguramente, así de no pasar inadvertido, como de ponderarse para conclusion de este capítulo, el de que á las exploraciones maritimas de California y Rio Colorado, y al primer descubrimiento y posterior conquista y pacificacion del Nuevo México, se enlazan una y otra vez los apellidos, por ello aun más ilustres, de Alarcon y de Mendoza.

Ahora séame lícito decir algo de la metrópoli, de su civilizacion y cultura, y de cómo se presentaba México á los ojos del bachiller salamanquino, rendidamente enamorado ya de las ciudades magníficas y bellas del Guadalquivir y del Tórmes.